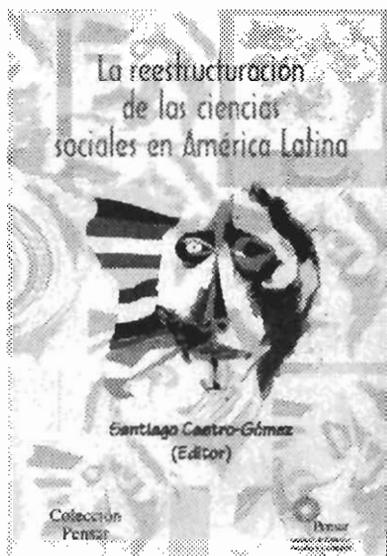


SANTIAGO CASTRO-GÓMEZ (EDIT.), *LA REESTRUCTURACIÓN DE LAS CIENCIAS SOCIALES EN AMÉRICA LATINA*, SANTAFÉ DE BOGOTÁ, COLECCIÓN PENSAR, CENTRO EDITORIAL JAVERIANO, 2000, 426 PP.



Colaboradores: Walter D. Mignolo, Jesús Martín Barbero, Edgardo Lander, Santiago Castro-Gómez, Oscar Guardiola-Rivera, Guillermo Hoyos Vásquez, Ana María Ochoa Gautier, Carmen Millán de Benavides, Sarah González de Mojica, Diego Eduardo López Medina, Zulma Palermo, Valeria Coronel, José Antonio Figueroa, Jaime Humberto Borja, Irene Silverblatt, Freya Schiwy, Oscar Saldañriaga, Mauricio Archila, Sandra Pedraza, Alfonso Torres Carrillo, Camilo Borrero, Gisela Daza y Mónica Zuleta.

Desde el Norte como también desde el mismo Sur, ha empezado recientemente una crítica de las ciencias sociales, sus raíces positivistas y sus diseños coloniales e imperialistas. Autores como Walter Mignolo y Fernando Coronil, escribiendo desde los Estados Unidos, y Santiago Castro-Gómez y Edgardo Lander, escribiendo desde la región andina, entre otros, hacen evidente que la producción de conocimiento con relación a zonas periféricas como América Latina siempre ha estado atravesada por asuntos de poder. Ahora con la inserción de la región en el sistema-mundo globalizado, occidentalizado, y moderno/colonial, este poder supone la lógica del capital que penetra casi todo.

La publicación en 1996 del Informe de la Comisión Gulbenkian *Abrir las ciencias sociales*, coordinado por Immanuel Wallerstein, fue central en orientar un debate crítico sobre las ciencias sociales, por un lado evidenciando el desarrollo hegemónico de las ciencias sociales desde su fundación en el siglo XVIII

hasta su institucionalización en el siglo XX, y por el otro lado, demostrando cómo estas ciencias en sus manifestaciones disciplinarias han contribuido y siguen contribuyendo a la construcción y legitimación de un conocimiento 'universal' claramente eurocéntrico. Además, al identificar los problemas reales que las ciencias sociales confrontan en la entrada al nuevo milenio, problemas como la jerarquía entre pasado y presente, entre universalismo y particularismo, multiculturalismo, interdisciplinarietà y la proliferación confusa de programas universitarios y de investigación, el Informe establece algunos de los retos clave para repensar las ciencias sociales y su estructuración.

Pero fue el texto de Mignolo (2000) que abrió el espacio de análisis crítico para repensar las ciencias sociales con relación a la región, tomando como eje las geopolíticas de conocimiento (ver entrevista en este número) y la especificidad en América Latina de la diferencia colonial, partiendo de lo que Quijano (1999) llama la colonialidad de poder. *La reestructuración de las ciencias sociales en América Latina* se inserta en este nuevo debate crítico, geohistórico, político y cultural sobre las ciencias sociales y la producción del conocimiento en América Latina. Resultado de un simposio internacional organizado por el Instituto de Estudios Sociales y Culturales *Pensar* de la Universidad Javeriana en colaboración con Duke Univer-

sity en octubre de 1999, el libro reúne algunos pensadores sociales de América Latina en un análisis de la teoría y de las ciencias sociales y la consideración de posibles caminos hacia la transformación de ellas.

En la Introducción del texto escrita por Castro-Gómez y Oscar Guardiola-Rivera, los autores esbozan nuevos mapas cognitivos de las ciencias sociales, haciendo resaltar que hoy en la sociedad globalizada, la economía política se adentra en lo que antes fue considerado el campo de lo cultural. Es decir, en el modo y en la lógica del capitalismo posindustrial tardío, las relaciones deterministas entre la economía y la cultura ya están reemplazadas por un nuevo esquema de relación fluida entre las dos, impulsado por el consumo de imágenes, el carácter simulado e imaginario de las relaciones sociales y la producción y mercantilización de información, entretenimiento, como también de la cultura, todas convertidas en valor de cambio. Y como dicen los autores, esta nueva relación economía-política, provocada por los efectos del carácter central de la imagen y su posición en torno a asuntos de poder y conocimiento, tiene profundas implicaciones en la teoría y práctica de las ciencias sociales, tanto en la manera que pensamos y estudiamos la vida y los órdenes sociales como en la manera que "nos referimos a la *ontología del ser social*" (p. XXV). Así viene la necesidad de "impensar" los supuestos

ideológicos, los paradigmas y las bases epistemológicas de las ciencias sociales y reinventar una ciencia social, crítica y políticamente creativa que parte de y se centra en “políticas de conocimiento que flexibilicen las prácticas académicas de nuestras universidades, con el fin de abrir sus estructuras a la comprensión de un mundo cada vez más complejo y globalizado” (p. XLI).

Los capítulos del texto parecen dibujar ámbitos centrales de este nuevo mapa cognitivo, desde el amplio de las ciencias sociales en tiempos de globalización hacia problemas más del carácter regional y nacional, este último centrado en el contexto colombiano. Algunos capítulos también consideran la necesidad de pensar las fronteras disciplinarias, incluyendo las del derecho, estudios literarios y la música en relación a las ciencias sociales y al imperativo de la transdisciplinariedad.

Aunque varios de los capítulos merecen discusión por lo que sugieren “impensar” las ciencias sociales y construir políticas de conocimiento distintas, me parece que la contribución de Edgardo Lander en su capítulo titulado “¿Conocimiento para qué? ¿Conocimiento para quién? Reflexiones sobre la universidad y la geopolítica de los saberes hegemónicos” refleja en gran medida el sentido político y crítico del libro. Además, al preguntar al inicio del capítulo, ¿para qué y para quién es el conocimiento que creamos y reproducimos?, ¿qué valores y qué

posibilidades de futuro son alimentados?, ¿qué valores y posibilidades de futuro son socavados?, Lander inserta a nosotros académicos dentro del debate y de la discusión, sugiriendo así la responsabilidad.

El argumento central del texto de Lander gira alrededor de dos supuestos: la colonialidad del saber tanto del pasado como del presente, y las estructuras homogeneizantes del conocimiento moderno en las cuales “nos encontramos irremediablemente presos en jaulas conceptuales en las cuales no existe tensión, fisura ni escapatoria posible” (p. 49), y la manera cómo estos supuestos se cruzan con los nuevos imperativos del mercado, aparecen dentro de las ciencias sociales como “el único orden social posible” (p. 57). El papel de las ciencias sociales hegemónicas de contribuir a la conformación de la sociedad de mercado y de naturalizarla atraviesa todas las disciplinas, ya haciendo casi imposible imaginar otras modalidades de vida colectiva. En sí, argumenta Lander, “la ciencia económica se va constituyendo progresivamente en la *ciencia de la sociedad*” (p. 59), mientras que las demás disciplinas se subsumen en su mayoría al paradigma de la economía, así construyendo un paradigma del pensamiento único. Y a pesar de la capacidad histórica de las universidades latinoamericanas de criticar y confrontar las injusticias sociales y políticas, ellas no han tenido mayor respuesta a esta realidad hegemóni-

ca, principalmente porque las actuales estructuras disciplinarias “tienden a acentuar la naturalización y cientificación de la cosmovisión y la organización liberal/occidental del mundo, operando así como eficaces instrumentos de colonialismo intelectual” (p. 64).

El capítulo de Lander, me parece, ofrece un punto de partida también evidente en la Introducción de Castro-Gómez y Guardiola y en algunos otros capítulos presentados en la colección, de no solamente criticar las ciencias sociales actuales sino de buscar prácticas alternativas, de construir epistemologías distintas y de crear estructuras más flexibles orientadas a comprender un mundo cada vez más complejo y globalizado y nuestra inserción dentro de ello. Más que resolución, el texto establece el reto actual confrontando las universidades y el trabajo académico latinoamericano; la cuestión que permanece es si hay suficiente voluntad, responsabilidad y valor ético, socio-político y moral para asumirlo.

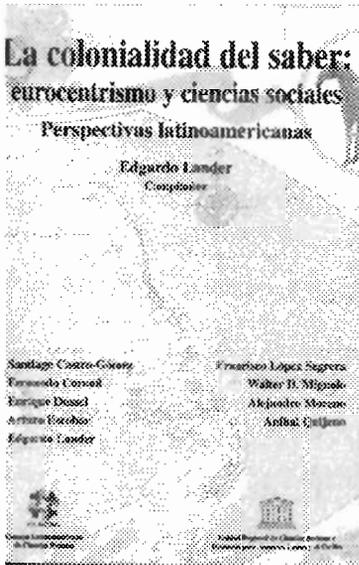
Catherine Walsh*

REFERENCIAS

- MIGNOLO, Walter,
2000 *Local Histories/Global Designs. Coloniality, subaltern knowledges, and border thinking*, Princeton, NJ, Princeton University Press.
- QUIJANO, Aníbal,
1999 “Colonialidad del poder, cultura y conocimiento en América Latina”, en S. Castro-Gómez, O. Guardiola-Rivera y C. Millán de Benavides (edits.), *Pensar (en) los intersticios. Teoría y práctica de la crítica poscolonial*, Colección Pensar, Centro Editorial Javeriano.
- WALLERSTEIN, Immanuel (coord.),
1996 *Abrir las ciencias sociales. Informe de la Comisión Gulbenkian para la reestructuración de las ciencias sociales*. México D.F., Siglo XXI.

* Coordinadora del Doctorado en Estudios Culturales Latinoamericanos y profesora del Programa de Maestría en Estudios Latinoamericanos/Estudios Culturales, en la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.

EDGARDO LANDER, (COMP.), *LA COLONIALIDAD DEL SABER: EUROCENTRISMO Y CIENCIAS SOCIALES, PERSPECTIVAS LATINOAMERICANAS*, BUENOS AIRES, CONSEJO LATINOAMERICANO DE CIENCIAS SOCIALES, 2000.



El volumen recoge los trabajos originalmente presentados en el simposio *Alternativas al eurocentrismo y colonialismo en el pensamiento latinoamericano contemporáneo* del Congreso Mundial de Sociología que tuvo lugar en Montreal en 1998. Los artículos del libro tienen la ventaja de haber sido trabajados y reformulados a lo largo de un año y medio de discusiones colectivas, coordinadas por el profesor venezolano Edgardo Lander. *La colonialidad del saber* es, en ese sentido, un esfuerzo conjunto de intelectuales latinoamericanos, radicados en universidades tanto del

Norte como del Sur, de repensar el quehacer de las ciencias sociales de la región, más allá de los sesgos, y cárceles conceptuales que imponen los saberes coloniales. Entre sus autores se cuentan Enrique Dussel, Walter Mignolo, Fernando Coronil, Arturo Escobar, Santiago Castro-Gómez, Alejandro Moreno, Francisco López Segura y Aníbal Quijano. De manera general, los diferentes artículos del libro abordan, desde una perspectiva crítica frente a las formas de saber eurocéntrico, un conjunto vasto de problemáticas que incluyen, entre otras, la modernidad, la globalización, la naturaleza del pensamiento poscolonial, la colonialidad del poder, el globocentrismo, el estatuto de las ciencias sociales latinoamericanas en el presente. En esta breve reseña me concentraré en tres de las contribuciones de este libro que me resultan fundamentales para explicar y debatir su propuesta. Estas son los artículos de Edgardo Lander, Walter Mignolo y Aníbal Quijano. La selección de estos autores es obviamente arbitraria, siendo por ello posible lecturas distintas si se toman como referencia los textos y problemáticas propuestos por los otros co-autores de este volumen.

Edgardo Lander en "Ciencias sociales: saberes coloniales y euro-

centrismo”, realiza una exposición general de la propuesta política y epistemológica que ensaya *La colonialidad del saber*. Según Lander, parte de las dificultades que afrontan las ciencias sociales latinoamericanas para formular alternativas teóricas y políticas a la primacía del mercado se explican por no comprender el neoliberalismo como el discurso hegemónico de un modelo civilizatorio. Ello ha conducido a una suerte de naturalización de las relaciones sociales, de las cuales ha surgido la sociedad industrial liberal no solo como el orden social deseable sino como el único posible. Entre las dimensiones constitutivas de los saberes modernos que hacen posible dicha *eficacia naturalizadora*, el autor ubica dos de sus dimensiones constitutivas, a saber, las múltiples separaciones del mundo de lo real en el pensamiento occidental, y la forma en que se articulan los saberes modernos con la organización del poder. En esa perspectiva, Lander ubica la búsqueda de alternativas en un esfuerzo de deconstrucción del carácter universal y natural de la sociedad capitalista-liberal, lo cual exige un “cuestionamiento de las pretensiones de objetividad y neutralidad de los principales instrumentos de naturalización y legitimación de este orden social: el conjunto de saberes que conocemos globalmente como ciencias sociales” (p. 12). Las ciencias sociales se han articulado sobre el eje de la modernidad, y a partir

de allí legitiman un metarrelato universal en que todas las culturas y pueblos avanzarían de lo primitivo a lo moderno; en un espacio-tiempo colocado al interior de un patrón de referencia superior y universal.

Sin pasar a analizar lo que Lander considera intentos de deconstrucción de la sociedad capitalista-liberal, el texto sugiere una crítica muy interesante al sentido progresivo, evolutivo desde el cual se han construido, en general, las ciencias sociales del continente, las mismas que no han podido escapar a la dicotomía entre lo moderno y lo no moderno. El texto, igualmente, ofrece un punto de entrada para pensar en saberes con potencial transformador, no conformes con la trayectoria unidireccional con que el imperio de lo moderno secuestra el sentido del cambio histórico. El ubicar como uno de los vértices del cambio a la tarea deconstructiva de lo que conocemos como ciencias sociales constituye un desafío al mismo tiempo político y epistemológico.

Un aspecto problemático de su argumento se refiere a la identificación que realiza Lander entre el proyecto de modernización y el modelo civilizatorio del neoliberalismo. En su texto se produce una asimilación sin matices de las diversas posibilidades que la “promesa de la modernidad” podría asumir a una sola de sus posibles variantes: la sociedad neoliberal moderna.

Existe en su texto un desfase entre la propuesta civilizatoria que podría contener el proyecto de la modernidad y su actualidad, reducido tan solo al discurso hegemónico del neoliberalismo. Siendo que el discurso de la modernidad no se agota en lo que Lander establece como el neoliberalismo, su propuesta nos descoloca al mostrarnos un falso fantasma, el fantasma del proyecto civilizatorio neoliberal, también desfigurado por su sobredimensionamiento. Solo tendríamos que preguntarnos, cuántas y cuáles sociedades latinoamericanas podrían incluirse, o están en proceso de hacerlo, en el proyecto civilizatorio que Lander enuncia. En mi concepto, su visión y crítica de la modernidad, y a los saberes que ésta produce, se queda corta respecto a la complejidad, posibilidades y limitaciones que ésta contiene.

“Colonialidad del poder y eurocentrismo en América Latina”, el texto de Aníbal Quijano que cierra el volumen, realiza un análisis de las implicaciones de la colonialidad del poder respecto a la historia latinoamericana. Según el autor, la raza se convirtió en el primer criterio de clasificación de la población mundial, hecho que ocurrió a raíz de la colonización del territorio americano. De esa manera, se justificaron antiguas ideas y prácticas basadas en relaciones de superioridad/inferioridad entre dominadores y dominados, en el marco de la difusión de una nueva estructura de

control del trabajo inaugurada por el capitalismo. Raza y división del trabajo quedaron, para Quijano, desde un principio estructuralmente asociados. Se impuso a nivel mundial una sistemática división racial del trabajo en la que las razas consideradas inferiores no eran dignas del pago de salario, lo cual significó que el capitalismo mundial sea desde un comienzo colonial y moderno, así como eurocentrado. El eurocentrismo implicó una perspectiva de la historia cuya culminación era Europa. La modernidad y la racionalidad fueron concebidas como experiencias exclusivamente europeas lo que dio origen al despliegue de un universo de conocimiento binario, dualista, reducido a la dicotomía Europa/no-Europa. Ese sería el eurocentrismo, una perspectiva de conocimiento que está muy fuertemente asociada al patrón mundial de poder y que presupone un sentido lineal, unidireccional de la historia, y que se basa en una naturalización de las diferencias culturales a través de la idea de raza, y que percibe todo lo no-europeo como pasado. Quijano plantea la salida al eurocentrismo en la proposición de que Europa no es la única portadora y protagonista de la modernidad, y que es posible apuntar al concepto de una modernidad diferente, construido a partir del “proceso histórico específico al actual sistema mundo” (p. 213). La falla del eurocentrismo es que ubica la modernidad solo en los centros

del capitalismo, en la perspectiva de una autoproducción cuya fuente original sería la Grecia clásica, y no establece las conexiones con el resto del mundo y "toda su historia de 500 años, (a) todos los mundos o ex mundos articulados en el patrón de poder global" (p. 215).

El texto de Quijano acierta en concebir que la llamada modernidad europea no es resultado de características culturales esenciales y no históricas sino que surge como parte del proceso de universalización del capitalismo y de su control racializado de la fuerza de trabajo. El devolver al proceso de modernización su historicidad, y al mismo tiempo, vincular este proceso con la cimentación de formas de comprender e interpretar el mundo desde una cierta perspectiva, el eurocentrismo, representa un aporte singular que articula la producción de saberes a la lógica de poder y la dominación económica. El artículo, sin embargo, resbala (por decirlo de alguna manera) cuando analiza varios temas complementarios. Resulta contradictorio, por un lado, reconocer que la modernización es un proceso que ocurre desde diferentes perspectivas, según la vinculación de cada sociedad al sistema capitalista mundial, y por otro, que los países capitalistas centrales habrían secuestrado para sí la comprensión y experiencia de la modernidad, expresados en el eurocentrismo. O se considera al proceso de modernización como íntimamente

articulado a la expansión del capitalismo, es decir, modernidad, eurocentrismo, colonialidad y expansión del sistema mundo capitalista serían un mismo proceso, o se libera a la modernidad de la connotación sistémica que el autor le confiere. Esta inconsistencia se hace evidente sobre todo cuando el autor discute sobre el eurocentrismo y la experiencia histórica latinoamericana. Allí uno se pregunta: ¿si nuestra experiencia colonial es constitutiva de la modernidad capitalista eurocentrista cómo podríamos liberarnos del espejo eurocéntrico que distorsiona nuestra imagen y nos domina? Esa es la pregunta que Quijano ni formula ni responde pues ello significaría desencajar a la modernidad de la lógica del sistema mundo que la absorbe, y reconocer que ésta encarnaría también procesos de orden ideológico, político y cultural que, si bien relacionados, serían de alguna manera autónomos. Su argumento, su propuesta de trascender el eurocentrismo como perspectiva de conocimiento, queda encarcelado dentro de los barrotes que le impone su visión totalizadora de sistema mundo.

El artículo de Walter Mignolo, "La colonialidad a lo largo y a lo ancho", parte de la proposición de que la emergencia de la idea de hemisferio occidental "dio lugar a un cambio radical en el imaginario y en las estructuras de poder del mundo moderno/colonial" (p. 55). Por su parte, Mignolo sostiene que el con-

cepto sistema mundo de Wallerstein no permite ver la “colonialidad del poder” que destaca Quijano, ni la “diferencia colonial” que indaga su propuesta. Al plantear el problema en los términos de la “diferencia colonial”, el imaginario del “hemisferio occidental” significó la incorporación de América Latina a occidente desde una posición en que la colonialidad pasó a ser constitutiva de la modernidad, no derivativa de la misma, especialmente, a partir de la formación del circuito comercial del Atlántico en el siglo XVI. Desde ese momento, el mundo moderno no podría entenderse por fuera de la colonialidad del poder. Así las cosas, Mignolo recurre al concepto de “doble conciencia” de W.E.B. Du Bois para interpretar las subjetividades formadas en la diferencia colonial. El autor considera que la experiencia de quienes viven, o vivimos, en la diferencia colonial es doble; nos miramos siempre por los ojos de otros. La imagen de “hemisferio occidental” es resultado de dicha experiencia de doble conciencia, y expresa, de esa manera, una relación geopolítica con respecto a Europa, y a los circuitos económicos del sistema mundo capitalista. Para Mignolo, la idea de “hemisferio occidental” se consolida en la presidencia de Theodore Roosevelt, a principios del siglo XX, quien aplica frente a América Latina (principalmente, el Caribe y Centroamérica), el llamado corolario de la Doctrina Monroe. Este corolario buscó hacer efectivo el

principio de no interferencia de una potencia europea en América, sobre la base del ejercicio unilateral, por parte de EE.UU., de un “derecho” a intervenir en los asuntos internos de los países del hemisferio. El texto de Mignolo concluye con un análisis del planteamiento de Samuel Huntington, quien en su percepción del orden mundial posguerra Fría, no considera a América Latina como parte de Occidente. Mignolo interpreta en la visión huntingtoniana el surgimiento de un imaginario articulado en el “Atlántico Norte” que reemplazaría al de “hemisferio occidental”. Para este movimiento operarían no solo la “diferencia colonial” sino lo que Mignolo denomina “diferencia imperial”. Ambas serían respuesta de los países del llamado Primer Mundo, con EE.UU. a la cabeza, frente a la posibilidad de alianzas anti-occidentales que pudieran surgir en distintos lugares del planeta, y a la creciente invasión de poblaciones no-occidentales a dichos países.

Como comentario a la propuesta de Mignolo, primero habría que situar que la transición al imaginario del “Atlántico Norte” no sería un proceso desencadenado luego del fin de la Guerra Fría, sino un proceso que se inició con el surgimiento de EE.UU. como potencia mundial. En ese sentido, los orígenes del imaginario del “Atlántico Norte” habría que indagarlos mucho antes de lo que Mignolo lo hace, y tal vez considerar que comen-

zó a constituirse, si no en el momento en que el presidente estadounidense Woodrow Wilson propuso su visión de seguridad colectiva, al finalizar la Primera Guerra Mundial, en la decisión de Franklin D. Roosevelt y Winston Churchill de establecer una alianza en el Atlántico Norte, que no solo funcione como una fuerza militar decisiva para ganar la Segunda Guerra Mundial, sino para modelar en lo económico, lo político y lo militar el mundo de la posguerra. Para ese momento, resulta muy claro que el imaginario del “hemisferio occidental” se había ya diluido en la perspectiva de la política exterior estadounidense, y que la presencia del Atlántico Norte sería el eje vertebrador de la hegemonía de EE.UU. en el orden internacional.

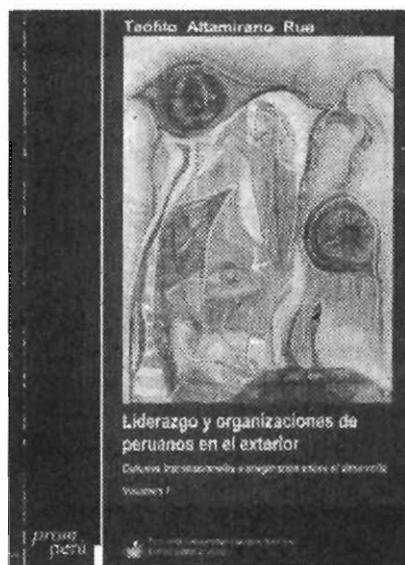
Por otro lado, la noción de diferencia colonial abre una ventana bastante interesante para superar las limitaciones que el mismo Mignolo anota respecto de la perspectiva del sistema mundo. La dimensión de los imaginarios, entre ellos el del “hemisferio occidental” y el del “Atlántico Norte”, nos provee de una alternativa para conceptualizar de manera mucho más compleja y rica los procesos geoculturales y geopolíticos sobre los que se articulan los procesos internacionales. Sin embargo, al relacionarse con el concepto de doble conciencia de Du Bois, la noción de diferencia co-

lonial elimina de manera arbitraria la tensión ineludible, para quienes pensamos y vivimos desde la misma, entre los elementos que nos vienen tanto desde el imaginario “exterior” como “interior”, a partir de los que constituimos nuestras identidades. Así, la propuesta de Mignolo nos conduce a un callejón sin salida, en que la única posibilidad de trascender la diferencia colonial estaría en una suerte de supresión, autoeliminación del polo “exterior-dominador” de nuestra conciencia. A mi entender, aquello sería imposible so pena de infrinquirnos una auto-mutilación. Lo “interior” y lo “exterior” en nuestra conciencia están tan imbricados, que en vez de apostar a la superación de su tensión y contradicciones, por el camino de la eliminación de un polo, quizá, debamos emprender una lucha por explotar sus tensiones y reconocernos en dicho conflicto. El uso del concepto de doble conciencia considero inútil para trabajar y trascender la batalla identitaria que libramos muchos latinoamericanos.

*César Montúfar**

* Director del Centro Andino de Estudios Internacionales, CAEI, y director del Área de Estudios Internacionales de la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.

TEÓFILO ALTAMIRANO RUA, *LIDERAZGO Y ORGANIZACIONES DE PERUANOS EN EL EXTERIOR. CULTURAS TRANSNACIONALES E IMAGINARIOS SOBRE EL DESARROLLO*, VOL. 1, PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ, FONDO EDITORIAL 2000, LIMA, 2000, 225 PP.



Los procesos de intensa movilidad humana nos vaticinan desde ya que el fenómeno sociodemográfico y cultural más importante de las próximas décadas será la migración transnacional.

Desde diversas disciplinas se ha intentado en los últimos años explicar y comprender las características de este fenómeno. Muchos estudios, por ejemplo, han privilegiado a la demografía y la economía para entender sus causas y efectos. Pocos son los que han abordado

una perspectiva multidimensional que logre aprehenderlo en total complejidad. Uno de los pocos investigadores contemporáneos que realmente ha contribuido a la comprensión de las migraciones es el antropólogo peruano Teófilo Altamirano.

Su punto de partida es afirmar que la migración es, además de un fenómeno demográfico, económico y social, un fenómeno cultural. En las decisiones migracionales de nuestros pueblos siempre van a estar presentes las imágenes, valores, la identidad de pertenencia ética, racial y social. Desde esta perspectiva, este libro constituye una contribución para la antropología urbana moderna a través de nuevos aportes teóricos y metodológicos.

Las relaciones que establecen los migrantes en el exterior, a través de los vínculos que éstos mantienen con su país de origen y entre ellos, dan lugar a la emergencia de una nueva "cultura migrante" con especificidades únicas, generadas en el dinámico proceso que combina el ejercicio de los valores antes, en el momento y después de la migración. Tomando como unidad de análisis las asociaciones voluntarias

y las instituciones de peruanos en EE.UU. y España, Altamirano ilustra y demuestra los efectos que están produciendo las migraciones transnacionales en países receptores y emisores, tanto en el plano de la cultura como en el del desarrollo.

Los migrantes han cobrado el papel de “nuevos agentes de la promoción cultural y del desarrollo” de sus países de origen. Considerando el sistema de redes establecidas y de las formas de organización que mantienen en el exterior, desarrollan un activo papel en la difusión de los valores culturales, del turismo, la protección del medio ambiente y la inversión de sus países.

El mayor aporte de este libro es demostrar las potencialidades organizativas y de liderazgo que mantiene la población peruana en los países mencionados. A través de una investigación exhaustiva de las organizaciones e instituciones establecidas, Altamirano explica cómo el proceso de globalización cultural y de interacción de culturas, está produciendo y desarrollando respuestas locales por las diversas actividades de estas instituciones. Éstas presentan dos diferentes funciones: globalizan la cultura peruana en esos países (difusión), y como contracara, manifiestan la resistencia de esta población a ser arrastrada por el proceso de globalización pues conservan las características de la cultura peruana, legado de la herencia andina y diferente, por tanto, al resto.

El primer capítulo explica el fenómeno migratorio en el Perú en los últimos noventa años y en sus distintas etapas, los países de destino y la composición sociocultural de los migrantes. Analiza además las asociaciones de migrantes y sus vinculaciones al Perú. Esto comprende las ofertas para el desarrollo vía remesas, los retornos, las vinculaciones con la sociedad civil y las diversas ayudas a los peruanos. Pero también existen demandas hacia el Perú por parte de estos grupos, por tanto el autor concluye este capítulo sugiriendo las políticas de re-vinculación que el Perú debe implementar, pues es una de las deficiencias que presenta este país para establecer vínculos con aquellos, que aún estando fuera, siguen y quieren seguir siendo peruanos.

El segundo capítulo discute la trascendencia teórica del nuevo concepto “culturas transnacionales”; su vinculación al campo del desarrollo. El concepto de desarrollo que en este texto refiere Altamirano está estrechamente ligado a las relaciones entre la “globalización cultural” y el papel de nuevos agentes de promoción de los valores culturales, los líderes propios de los grupos migrantes. Una de las características de la globalización cultural es la asimilación de los migrantes a los nuevos patrones culturales, la lengua y cultura de los países de destino. Este proceso de asimilación no es total ya que persisten sentidos de identidad vinculados a su país de

origen, lo que da lugar a la emergencia de asociaciones voluntarias, uno de los efectos de esta migración transnacional. La imperiosa necesidad de representarse a sí mismos en los nuevos países, que estimulan el individualismo, la competitividad y la exclusión social, da lugar a la emergencia de estas asociaciones, las cuales cumplen un rol de protección y solidaridad.

Constituyen un capital socio-cultural, afirma, porque tienen una organización interna, están compuestas por migrantes que se identifican con ella y, sobre todo, producen una mayor seguridad y autoestima personal y colectiva a los miembros. El migrante que la integra mantendrá una mayor capacidad en las transacciones sociales, culturales, económicas y políticas. Se señalan además los tipos de asociaciones, roles y funciones, así como una tipologización de sus líderes.

Los capítulos tercero y cuarto se destinan a la investigación en terreno, analizan cualitativamente datos cuantitativos, se establecen los perfiles o rasgos socioculturales y económicos más importantes de las asociaciones, de los líderes, y del peruano promedio, tanto en EE.UU. como en España. Importa destacar que aquí se presentan los componentes socioculturales sobre el desarrollo desde la perspectiva de los migrantes, así como las maneras y medios para generar y contribuir al desarrollo del Perú.

El quinto capítulo está destinado a la construcción de los imaginarios en estas culturas transnacionales. Los imaginarios constituyen construcciones culturales inherentes a todos los migrantes. Intervienen componentes racionales e irracionales, objetivos y subjetivos, reales, que le suceden al migrante antes y después de la emigración; e ideales, que le acompañan a lo largo de su ciclo vital. A través de ellos se representan las identidades transnacionales, que presentan en cada caso una mayor o menor fijación respecto al país de origen y son un factor de decisión tanto personal como colectiva sobre su grado de vinculación al mismo.

Indudablemente este trabajo resume una serie de aportes que evidencian un conjunto de conclusiones interrelacionadas, teóricas y pragmáticas. Las primeras evidencian una estrecha relación entre cultura, migración y desarrollo. La globalización cultural no es un proceso homogeneizador. Existen exclusiones, diferenciaciones en los grupos migrantes, inclusive actos de discriminación y xenofobia por parte de algunos sectores conservadores en los países de destino. La migración transnacional se inserta en este proceso generando un tipo de identidad particular. En el caso peruano, las asociaciones voluntarias representan la resistencia de los grupos a la asimilación total con el país receptor y son el mejor indicador del interés de la diáspora pe-

ruana de pertenecer a su país, difundirlo y contribuir a su desarrollo.

Las conclusiones pragmáticas se desprenden de las anteriores. Evidencian la necesidad de que el Gobierno peruano incorpore en su gestión una seria política migratoria que canalice las demandas de este grupo, en términos de orientación sobre la inversión de sus remesas, que reconozca y otorgue participación a las asociaciones creadas en el exterior con respecto a las políticas de promoción del país en el mundo. Pero no menos importante, que ge-

nere compromisos de apoyo, sobre todo en términos de derechos, a todos los ciudadanos peruanos en el mundo. Altamirano nos deja un legado de reflexión a futuro: la cultura peruana está en el mundo y sus actores son los migrantes.

*Alba Goycochea**

* Es estudiante de la maestría de Estudios Latinoamericanos con mención en Relaciones Internacionales, en la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.